

## AL REY DON FERNANDO VII

EN SU VUELTA Á MADRID, DESPUÉS DE PACIFICAR LA CATALUÑA

## CANTO ÉPICO (I)

Hijos de Iberia: los que el muro alzado  
 Circunda invicto de la gran Sevilla:  
 Los que enfrena en su término sagrado  
 Del gaditano mar la ardiente orilla:  
 Noble gallego: cántabro esforzado:  
 Los que sustenta la feraz Castilla:  
 Mi voz por vuestros campos se dilate;  
 La lira pulse el inspirado vate.

No el sangriento laurel bañado en lloro,  
 Que orló la frente al vencedor de Jena,  
 Cantaré, ¡oh patria!, que mi lira de oro  
 Nunca entre horror y mortandad se suena.  
 No el brazo vengador que al torvo moro  
 Lanzó de Libia á la abrasada arena;  
 Ni al tremendo cañón de Navarino,  
 La rota entena, el abrasado lino.

Otro eternice su funesto nombre,  
 Cuando las lides y la muerte entona,  
 Y al escucharlo en el hogar se asombre,  
 Y al hijo estreche la infeliz matrona:  
 Jamás el hombre degollando al hombre  
 En los horrendos campos de Belona  
 A mi blando laúd fué digna hazaña:  
 Pueblos, yo canto al bienhechor de España.

(1) A fines del año de 1827, casi todo el campo de Cataluña se había sublevado y puesto en armas en sentido carlista. Promovió este levantamiento el partido teocrático, descontento de verse alejado de los consejos del rey, en quien á la sazón ejercía influencia la fracción realista más ilustrada y tolerante.

Dirigido por ella, marchó Fernando VII al Principado á ponerse al frente de las tropas que allí había; pero con una proclama que dió, en que prometía olvido y perdón, depusieron las armas los insurgentes, y todo quedó concluido.

El partido liberal miró este triunfo como suyo, y ya nos figurábamos tener conquistado al mocho y divisar un horizonte color de rosa; así es que la entrada de *Fernando* en Madrid, de vuelta de su expedición, fué celebrada con verdadero entusiasmo.

El ayuntamiento dispuso magníficos festejos: arcos triunfales, danzas, fuegos, iluminaciones, toros, funciones alegóricas en los teatros. Ofició á *D. José María de Carnerero*, á *D. Manuel Bretón de los Herreros*, á *D. Juan Bautista Alonso* y á mí, pidiéndonos versos, que todos hicimos, y que imprimió en un cuaderno, con la relación circunstanciada de las fiestas.

La composición que yo envié fué el presente *Canto épico*.

Tú, numen tutelar del pueblo ibero;  
 Tú, domador de la morisma impía,  
 Que en la mezquita del alarbe fiero  
 Los pendones dejaste de María;  
 Tú, que á Fernando el áspero sendero  
 Mostrar supiste que al empíreo guía,  
 Tú me inspira, y mi voz al aire dando,  
 Cantaré las virtudes de Fernando.

A la sombra de un sauce reclinado,  
 Que retrata en su linfa Manzanares,  
 Do en otro tiempo el corazón llagado  
 Se exhalaba en tristísimos cantares;  
 Al dulce olor del viento embalsamado,  
 Libre el pecho de bárbaros pesares,  
 El astro hermoso de la luz miraba,  
 Que á los mares atlánticos bajaba.

Entre celajes su encendida hoguera  
 Por el ancho horizonte se derrama,  
 Y al terminar la plácida carrera,  
 Templada brilla su fulgente llama:  
 El fuego inspirador mi pecho altera;  
 La voz se eleva, el corazón se inflama;  
 Y arrebatada vuela mi memoria  
 A los pasados siglos de la historia.

Miro á Régulo impávido marchando,  
 Entre el clamor de la llorosa plebe,  
 Donde el fiero sayón le está esperando  
 Y perecer entre tormentos debe:  
 A Aníbal miro con su hueste hollando  
 De las alpinas cumbres la honda nieve;  
 Y á un ejército entero haciendo frente  
 A Cocles miro en el cortado puente.

Vagaba así mi ardiente fantasía;  
 Y entre el bullir de las inquietas olas  
 Manzanares su frente descubría,  
 Coronada de juncos y amapolas;  
 En la siniestra mano suspendía  
 El blasón de las armas españolas:  
 Así suena su voz; y humilde para  
 Su blando ruido la corriente clara.

«¿Por qué de Roma tu ofuscada mente  
 Hazañas busca en la remota historia?  
 ¿Para asombrar á la futura gente  
 No basta acaso la española gloria?»

Cuando virtud y honor tu lira intente  
Eternizar del mundo en la memoria,  
Los campos corre de la madre España  
Y cada monte te dirá una hazaña.

Tiende la vista á la encumbrada peña  
Donde el Astur su independencia adora;  
Mira de Cristo á la triunfante enseña  
Despavorida la falange mora:  
Mira humillada la soberbia isleña  
Ante la ibera hueste vencedora:  
El abatido orgullo de la Francia,  
Los abrasados techos de Numancia.

Mas ¡ay! ¿qué grito de victoria suena  
Al repetido herir del arpa de oro?  
¿Por qué el ronco cañón súbito truena?  
¿A quién celebra el matritense coro?  
¿Oyes el himno que los aires llena?  
¿Oyes del parche el retumbar sonoro,  
Y en las torres del templo estremecido  
El trémulo sonar del bronce herido?

Victoria clama al inmortal Fernando  
La campiña en que el Ebro se derrama;  
El clarín de la fama retumbando,  
¡Gloria á Fernando! por los aires clama.  
Llegó, miró, triunfó; pero triunfando,  
No la venganza el corazón le inflama,  
Que si humillarlos el monarca anhela,  
También Amalia á perdonarlos vuela.

En el regazo de la paz amiga  
La venturosa España reposaba;  
El labrador descanso á su fatiga  
En el hogar pacífico encontraba;  
Con blando susurrar la rubia espiga  
El inocente céfiro halagaba;  
Y el libre arroyo, rápido saltando,  
Iba las florecillas salpicando.

Truena indignada la tartárea roca,  
Y envuelto lanza en encendida nube  
Del negro Averno la escondida boca  
Al triste mundo el infernal querube:  
Muere la hierba que su planta toca;  
El ronco ahullido hasta el empíreo sube;  
Y vuela ardiendo en furibunda saña  
A los campos católicos de España.

De su fétido aliento el soplo inmundo  
Los catalanes campos infestando,  
Vierte el veneno que abortó el profundo  
En corazones que rigió Fernando.  
Guerra declara al angustiado mundo:  
Fiero convoca el seducido bando:  
Su voz envuelta en macilenta llama,  
¡Victoria al Orco! enronquecida clama.

Su voz retumba en la celeste almena,  
Do resplandece el serafín armado:  
En la diestra del Dios que el mundo truena  
El rayo vengador bulle indignado.  
No á quebrantar la bárbara cadena  
Vuela otra vez el escuadrón alado:  
Tú, Fernando, serás, dijo el Eterno;  
Y temblaron las huestes del Averno.

Entre los brazos de su dulce esposa,  
Fernando oyó la voluntad del cielo:  
Al campo va, y Amalia congojosa  
En llanto de dolor inunda el suelo.  
«Marcha, le dice, y de la paz hermosa  
Torna á la Iberia el bienhechor consuelo:  
La verde oliva enlaza á tu corona:  
Vuela, esposo, á triunfar; triunfa y perdona.»

No armando el brazo de tajante acero  
Hiere el bridón con bélico acicate:  
No circundado de escuadrón guerrero  
Lánzase airado al funeral combate:  
Inerme y solo en el tumulto fiero  
Su noble frente al sedicioso abate;  
Y huye, la rabia inútil exhalando,  
El infernal espíritu bramando.

Huella Fernando la extinguida tea,  
Y el rayo de la paz brilla más puro;  
Ni en sangre tinta la campaña humea,  
Ni ostenta escombros de rompido muro.  
El pendón de concordia al aire ondea,  
Al ronco retumbar del bronce duro;  
Y entre el rumor de armónicos cantares  
Torna Fernando á sus augustos lares.

Por contemplar su rostro soberano,  
¡Cuál corre el pueblo con ardiente anhelo  
Y en sus trémulos brazos el anciano  
Alza gozoso al tierno nietezuelo!..

Pulsa el laúd; que si el acento humano  
A tanto puede remontar su vuelo,  
Tu canto, por la fama conducido,  
Vencerá las injurias del olvido.

Yo cantaré mientras la mente mía  
El soplo celestial fecundo inflame  
Y el puro rayo del luciente día  
En mí su influjo inspirador derrame.  
Por cuanto el claro sol su luz envía,  
Tu triunfo, ¡oh rey!, el universo aclame:  
Tú enjugaste de Iberia el triste llanto:  
Tuya es mi débil voz; tuyo mi canto.

Tú, dulce Amalia, de virtud modelo;  
Tú, del pueblo español amparo y guía,  
A quien su lumbre inspiradora el cielo  
Y su arpa de oro el serafín confía;  
Si de tu voz el remontado vuelo  
Seguir intenta osada la voz mía,  
Grato será á tu pecho generoso;  
Que glorias canto de tu dulce esposo.

A ti, padre del pueblo que te adora,  
Lleguen los ecos de mi humilde lira;  
Y mi voz de los siglos vencedora  
Será, gran rey, si tu virtud me inspira.  
Ya del ocaso á la radiante aurora  
La ilustre gloria de tu nombre gira:  
Ya por los aires resonar se escucha:  
«¡Gloria inmortal al que venció sin lucha!»

Agosto de 1828.

## CANTATA EPITALÁMICA

EN LAS BODAS DE FILENA

AMOR, HIMENEO

AMOR

Numen que el mundo adora y aborrece,  
Himeneo tirano,  
Destructor inhumano  
De la hermosura que mi imperio ofrece,  
¿Qué te conduce aquí? ¿Tornas de nuevo  
Con tu falaz promesa  
De falsas alegrías,  
De caducos placeres,  
Y de las ninfas mías  
La más hermosa arrebatarme quieres?

Alado cefirillo,  
Yo haré que eternas, espirando olores,  
Vivan las gayas flores  
De ese pensil donde contento vagas,  
Si vuelas hoy al bárbaro Himeneo  
Y el ala bates y la antorcha apagas  
Que entre sus manos agitarse veo.

Terrible Dios, ¡piedad! Esa *Filena*  
Es la columna del imperio mío:  
Su palpitante pecho es la azucena  
Donde oculto me río  
Acechando rebeldes corazones  
Que hieren mis arpones  
Y rindo por despojos  
A la celeste lumbre de sus ojos.

¿Has visto al huracán enfurecido,  
Que con bramido ronco  
En el vergel florido  
Abate el verde tronco  
Que sustentaba ufano  
Tres hermosos claveles?  
Pues tú, numen tirano,  
Tú eres el huracán de mis vergeles,  
Tú destrozas mis flores,  
Tú dejas ¡ay! el mundo sin amores.